

Salesianos

JAVIER GARRALÓN

Fundador: San Juan Bosco.

Lugar y año de fundación: Turín (Italia), 1859.

Fecha de aprobación pontificia: 19 de febrero 1869.

Nombre oficial de la Congregación: Sociedad de San Francisco de Sales (S.D.B.).

Fin específico: Educación cristiana de los jóvenes, especialmente de los más pobres.

Actividades propias de la congregación: Escuelas, centros juveniles, centros profesionales, centros para juventud marginada, tiempo libre, misiones, parroquias, comunicación social.

Número de profesos perpetuos: 14.203.

Número de profesos temporales: 2.679.

Número de novicios: 637.

1. LOS ORÍGENES: UNOS JÓVENES POR LOS QUE HABÍA QUE HACER ALGO

Hubo una vez, hace muchos años, hace más de un siglo, una ciudad que, sin saberlo, estaba empezando a pertenecer a lo que ahora llamamos el "primer mundo". O la "sociedad del bienestar". O el "Norte". O la "Europa industrializada". Era una ciudad como otras muchas de Italia, Alemania, Francia, Inglaterra o incluso España, en las que empezaba a haber fábricas, masas de obreros, actividad económica y muchos inmigrantes que venían del campo. Y era, también, una ciudad cristiana, católica, con muchísimos sacerdotes, frailes, monjas, iglesias y conventos.

Podía haber sido Munich, o Lyon, o Liverpool, o Milán, o Barcelona. Pero no: la ciudad se llamaba Turín, la capital del Piamonte que empezaba a agitarse con el frenesí del maquinismo y la revolución industrial. En ella, por la misma época de la que hablamos, legiones de niños, adolescentes y jóvenes empezaban a ser presa de la sociedad "moderna" y de sus males: abandono, marginación, explotación, alejamiento de la Iglesia, falta de formación...

Mientras los hijos de la próspera burguesía turinesa crecían atendidos por solícitas institutrices, los hijos del lumpen urbano y de los campesinos que venían en busca de fortuna crecían en la calle. Vagabundaban, trabajaban como mano de obra barata, se iniciaban en el alcohol -la droga dura del siglo XIX-, se entregaban a la violencia y a las bandas callejeras y caían, en los peores casos, tras los barrotes de la cárcel. Les faltaba lo más elemental para hacerse hombres, para ser felices: no tenían familia, ni escuela, ni protección, ni amigos, ni futuro.

Este fue el primer elemento que hubo en los orígenes de la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos). El segundo fue que, en la misma ciudad de Turín y por la misma época, además de todo eso que hemos dicho, apareció un joven sacerdote diocesano llamado Juan Bosco. Su historia tenía cierto parecido con la de aquellos chicos desarrapados que vagaban por los suburbios de su ciudad: había nacido y se había criado en un pueblecito de la región, I Becchi, y había tenido problemas familiares (quedó huérfano de padre a los dos años, su hermanastro mayor le rechazó y su madre le tuvo que sacar adelante con penurias económicas). De niño, no pudo ir a la escuela (tenía que trabajar en el campo) y debió hacerlo cuando ya se había convertido en un joven talludito, para vergüenza suya (sus compañeros eran mucho más pequeños y se burlaban de él, por ser tan grande...). Tuvo que emigrar para ganarse la vida, separándose de su familia, y ejerció los oficios más pintorescos y variados: zapatero, camarero, sastre, obrero agrícola... Hasta hizo incursiones en el mundo de la farándula, como aprendiz de titiritero, prestidigitador o intérprete de violín.

No habría sido nada raro que, en aquellas circunstancias, Juan Bosco hubiera terminado integrándose en el proletariado urbano. O que -dadas sus cualidades y su genio avisado- hubiera ascendido unos peldaños en la escala social y se hubiera montado algún negocio. O que, con sus antecedentes infantiles y juveniles, hubiese caído en los oscuros fondos del hampa, hecho un maleante o un activista revolucionario. No hay que olvidar que aquellos eran los años de la unificación italiana y abundaban los exaltados políticos y los afiliados a sociedades secretas (las sectas, que diríamos hoy).

Lo que pasa es que, además de aquellos jóvenes en peligro y de Juan Bosco, hubo algo más (pero esto ya sólo se lo creerán quienes sean creyentes): la iniciativa de Dios para que a Juanito se le ocurriera hacerse sacerdote, en lugar de cualquiera de esas otras cosas que hemos apuntado hace un momento. Para ello, Dios le dio una madre -Margarita- que le enseñó a rezar, a ser bueno, a vivir el amor. Le dio un sacerdote -Don Calosso- que le tomó bajo su guía y protección y supo dirigirle acertadamente. Y le dio un corazón grande y generoso en el que puso la decisión de ser cura algún día. "Para estar cerca de los muchachos -decía él-, aunque no como esos sacerdotes estirados que no se dignan hablar nunca con un niño".

Dicho y hecho: Don Bosco se convirtió en un cura amigo de los chicos de la calle. En 1844, a sus 29 años y apenas ordenado sacerdote, se le ofreció la posibilidad de asegurarse el futuro con un cómodo empleo de capellán, en el internado femenino patrocinado por la marquesa Barolo. Pero aquello supondría alejarse de los jóvenes a los que había prometido ayudar. Así que declinó la oferta y empezó su aventura educadora: el Oratorio.

1.1. El Oratorio salesiano: una obra educativa sacerdotal y laical a la vez

Lo que Don Bosco inventó para salvar a los jóvenes más necesitados se llamaba Oratorio. La palabra y la idea existían ya desde los tiempos de San Felipe Neri, pero él lo llevó a la práctica de un modo absolutamente original. Llamó "Oratorio" a un lugar -cada vez más grande y mejor organizado- donde se reunían los jóvenes para jugar, para aprender, para rezar, para encontrar el afecto y la amistad que, en muchos casos, no podían encontrar en otra parte. El Oratorio de Don Bosco era casa, escuela, campo de juego, parroquia, club de amigos y, cuando hacía falta, dormitorio, comedor, salón de conciertos, agencia de colocación o central sindical.

El promotor fue él, un sacerdote que se tomó aquello como modo de ejercer su misión y su carisma sacerdotal. De hecho, la actividad primera -cronológica y jerárquicamente- del Oratorio fue la catequesis: todo empezó un 8 de diciembre de 1841, fiesta de la Inmaculada, enseñando a rezar el Ave María a un muchacho que se coló en la sacristía de la iglesia. El chico era huérfano, no sabía leer ni escribir y encima estaba sufriendo insultos y escobazos por parte del sacristán. Don Bosco se lo ganó diciéndole: "Serás amigo mío", al tiempo que le invitaba a aprender el catecismo.

Para eso, en último término, ofrecía Don Bosco el Oratorio a los jóvenes más abandonados : para hablarles de Dios, para enseñarles a rezar, para llevarles a la Eucaristía, para ejercer entre ellos su vocación sacerdotal (aunque antes tuviera que darles de cenar o jugar con ellos). Pero, al mismo tiempo, el joven cura fue encontrando la ayuda de colaboradores laicos que participaban de su mismo espíritu. Entre los primeros estuvieron su propia madre y algunos de los jóvenes que educó al principio.

Esa mezcla de ministerio sacerdotal y cooperación de laicos fue el origen de la Congregación Salesiana. Don Bosco, de entrada, no pensó en fundar una orden religiosa. Sólo al cabo de algunos años, como fruto de la experiencia y de lo que Dios le iba indicando, se convenció de que debía integrar a sus seguidores en una Congregación dotada de votos religiosos y aprobada por la Iglesia. Y así lo hizo: con grandes dificultades (no era demasiado bien visto por su obispo ni por muchos de sus colegas del clero), consiguió que la Santa Sede le aprobara en 1873 la nueva Congregación. Y en 1873 fueron sancionadas por el Papa las Reglas de los salesianos.

1.2. La Congregación salesiana: comunidad religiosa, en espíritu de familia, compartiendo su vida con los jóvenes

La relación que tienen los salesianos entre sí, desde el proyecto inicial de Don Bosco, responde a lo que las Reglas renovadas llaman el "espíritu de familia" (art.16,37,38,46,51,103). Los Salesianos son religiosos que profesan los votos de pobreza, castidad y obediencia y que viven en comunidad, entregados a su misión. Pero, en virtud de su carisma propio, viven como una familia en la que el superior es el padre y en la que las normas deben ir por detrás del amor. En el texto de las Reglas se habla de paternidad (art.1,11,12,15,55), de familiaridad (art.16,37,38,46,51,103), de alegría (art.1,6,17,37,65), de compartir (art.36,48,73,76), de confianza (art.38,65,70), de simpatía (art.39), de sencillez (art.18), de contacto y cercanía (art.39,76), de diálogo (art.70). Son especificaciones de ese "espíritu de familia".

Los Salesianos no viven en un régimen conventual, pero evitan caer en el individualismo y cuidan su vida de comunidad. Comparten diariamente los momentos de oración, de comunicación, de trabajo, de descanso y distensión. La misión salesiana, en sus diversas facetas, no es llevada a cabo por cada salesiano de modo autónomo e independiente, sino de modo comunitario, corresponsable, compartido.

1.3. Los destinatarios de la obra salesiana: "predilección por los jóvenes"

Las Reglas salesianas presentan una vocación con el sello de un don especial de Dios: la "predilección por los jóvenes" (art.14). En el mismo párrafo, citan una frase de Don Bosco que resume lo que debería ser el espíritu de cualquier salesiano: "Me basta que seáis jóvenes, para que os ame con toda mi alma".

Este es el núcleo de la misión salesiana: el amor de predilección hacia cualquier joven por el hecho de serlo, por el hecho de estar abierto a la ayuda de un amigo, de un educador, de un padre. Pero las mismas Reglas recogen la especialización que Don Bosco quiso darle a ese amor: entre los jóvenes, el salesiano prefiere a los más pobres, los más necesitados, los menos favorecidos. El fundador se dedicó a los muchachos de la calle que había en Turín. La Congregación Salesiana, hoy, tras más de un siglo de expansión por el mundo, se dedica todavía a esos chicos marginados de las grandes y las pequeñas ciudades. Continúa atendiendo a huérfanos, estudiantes, jóvenes obreros, muchachos pertenecientes a las clases sociales más olvidadas.

Y también intenta dar una respuesta a necesidades nuevas de los jóvenes. Afronta problemas como el de la drogadicción o el desarraigo familiar de muchos jóvenes, frutos de las condiciones sociales actuales. Se esfuerza por cubrir carencias no materiales -en ocasiones más graves que las económicas- en jóvenes de la sociedad europea del bienestar y la opulencia.

Y, al mismo tiempo, en los territorios de misión, del Tercer Mundo, la Congregación continúa la vocación misionera de la que estuvo dotada desde los orígenes. Don Bosco lanzó a los primeros Salesianos a América y soñó con ir a Asia y Africa. Hoy, sus hijos trabajan por los hambrientos de Etiopía o Ruanda, por los campesinos explotados en Guatemala o El Salvador, por los indígenas en peligro de extinción de

Méjico, por los "niños de la calle" de Brasil y los jóvenes aprendices de narcotraficantes de Colombia. En esta dimensión misionera, todavía, la predilección por los más jóvenes sigue siendo cuestión de principios.

2. MÁS DE UN SIGLO DE HISTORIA: FIDELIDAD, OLVIDO Y RENOVACIÓN DE LOS ORÍGENES

Todas las Congregaciones religiosas, tras los momentos carismáticos de los orígenes, tras la presencia histórica del fundador, recorren un camino de desarrollo, de institucionalización, de esfuerzo por mantener la fidelidad al carisma inicial, de olvidos y distorsiones de ese carisma, de momentos de renovación.

En la Congregación Salesiana también se ha dado ese camino. Se da todavía. El pequeño grupo de colaboradores de Don Bosco se ha convertido en una familia religiosa que ha superado los 20.000 miembros, extendidos por la mayor parte de los países del mundo. Las obras han crecido. Ha habido que adaptarse a cambios sociales, culturales, económicos, eclesiales. Tras el Concilio Vaticano II, los Salesianos, junto con toda la Iglesia, han hecho un esfuerzo de renovación y puesta al día. Han celebrado un Capítulo General Especial y han puesto al día sus Constituciones, según el espíritu conciliar.

2.1. Renovación de la identidad religiosa: formas nuevas y renovadas de ser salesiano

Don Bosco no quiso fundar una orden de "frailes", y, si se plegó a constituir la Congregación Salesiana con los esquemas tradicionales, fue por imposición de las autoridades eclesiásticas de la época. Los Salesianos surgieron -ya lo hemos dicho antes- como resultado de su vocación sacerdotal, complementada con la de otros sacerdotes y

laicos, encauzada hacia el trabajo y la amistad con los jóvenes. Lo que él habría querido hacer se parecía más a los institutos seculares actuales que a las órdenes religiosas clásicas.

Por eso, las innovaciones introducidas por el Vaticano II en los Institutos de Vida Consagrada han ayudado a actualizar y renovar la identidad religiosa salesiana. Esta sigue desglosada en sacerdotes y laicos ("coadjutores"), que trabajan en la misma misión y en paridad, cada uno según su carisma propio. Pero se han revitalizado otras ramas que estaban en el proyecto inicial del fundador: los Cooperadores Salesianos, sin votos religiosos ni vida de comunidad, se habían quedado a veces en meros benefactores o mecenas de las obras salesianas. Hoy son unos inestimables agentes de la misión salesiana, realizada en el "ámbito secular", pero con el mismo papel activo y apostólico de sus hermanos religiosos. La rama femenina de la familia religiosa salesiana, Hijas de María Auxiliadora, ha intensificado la colaboración con la rama masculina, en obras a veces comunes o complementarias. El avance de la tendencia a la coeducación ha contribuido grandemente a ello. En general, puede hablarse de una apertura de la Congregación a los laicos: cooperadores, profesores, educadores, animadores, que participan del espíritu y el trabajo salesiano.

2.2. Los mismos destinatarios por distintos caminos

Los cambios sociales, económicos, políticos, han obligado a los Salesianos a dirigirse a sus destinatarios de siempre por caminos nuevos y en respuesta a necesidades nuevas. Se ha dado, por ejemplo, en la Congregación una apertura a las iglesias locales diocesanas, uno de cuyos síntomas más significativos es la asunción de numerosas parroquias. Esto último ha enriquecido el carisma salesiano y ha permitido recuperar dimensiones que estaban en el primer Oratorio de Don Bosco: la escuela salesiana no es sólo escuela o colegio, sino, también, familia en escucha de la Palabra, en oración, en camino con todo el Pueblo de Dios. La escuela salesiana, aun estando abierta a

todos, como la Iglesia, no renuncia a su fin primero y más esencial, que es anunciar -enseñar, celebrar, transmitir vitalmente- la Buena Noticia de Jesucristo.

La adaptación a países muy diversos y a situaciones históricas cambiantes ha puesto a prueba una de las características que Don Bosco quiso dar al espíritu salesiano: la flexibilidad, el pluralismo, la capacidad de iniciativa (cfr. Constituciones 19,41). Los Salesianos se han dedicado siempre a la escuela católica y a la educación de los jóvenes, pero han debido hacerlo en regímenes políticos y sociales muy variados. Unas veces más o menos favorecidos por el Estado y otras en contra. Ejemplo de lo primero podría ser la etapa franquista en España. De lo segundo, el período de comunismo en los países del Este, donde la Congregación tuvo que vivir en práctica clandestinidad. En unas y otras situaciones, los Salesianos se han esforzado siempre por sacar el máximo partido de las circunstancias concretas, adaptándose a ellas y recreando su carisma en virtud de las nuevas necesidades.

3. ANTE EL FUTURO: RENOVAR LA RENOVACIÓN

La gran renovación llevada a cabo por la Iglesia y las familias religiosas en torno al Vaticano II no basta. El mundo contemporáneo resulta tan cambiante que nos obliga a seguir reformándonos cada día. Tal vez, la aportación más valiosa de aquella etapa conciliar haya sido la advertencia de estar permanentemente atentos a los "signos de los tiempos". En ellos hay, para los Salesianos, signos de alarma y de alegría, de peligro y de esperanza. Y todos ellos obligan a la acción, más que al simple análisis intelectual.

3.1. Nuevos religiosos, nuevos educadores

La Congregación Salesiana -como la Iglesia de la que forma parte- vive una historia en la que se alternan florecimientos y decrepitudes, ex-

pansiones y contracciones. En cada período de decadencia, aparece un "resto" que es promesa de futuro desarrollo y rejuvenecimiento. Es como aquel bíblico "resto de Israel" del que siempre se podía volver a empezar.

Hoy, la Congregación y la Iglesia pasan seguramente por uno de esos momentos de crisis, de disminución numérica, de "diáspora". Pero también hay ahora un "resto" prometedor. La crisis viene dada por la pérdida de identidad religiosa, en un mundo secularizado y secularizador; viene dada por el envejecimiento y la escasez vocacional; viene dada por el anquilosamiento en obras donde lo académico y organizativo ahoga a lo pastoral y carismático; viene dada por el contagio de consumismo y aburguesamiento de la sociedad del bienestar. Pero, a la vez, florece en la Congregación el "resto", el retoño que es garantía de futuro y de fidelidad al pasado: los Salesianos han reafirmado decididamente la unidad de su misión y su consagración religiosa. El descenso numérico en la vieja Europa occidental se ve compensado en parte por la expansión en el Este, en América o en Asia. Los colegios a la antigua usanza coexisten con novedosas obras educativas: centros juveniles, talleres ocupacionales, asociaciones de tiempo libre, voluntariado...

En esta nueva situación, se impone fomentar la colaboración con los laicos. Más aún: se impone transferirles gran parte de la antigua misión de los religiosos y, junto a ella, gran parte del propio espíritu religioso salesiano. Y ello no sólo por exigencias de la escasez de salesianos con votos, sino también por exigencias de la autenticidad del carisma salesiano.

La atención al tiempo libre y al mundo de la marginación son, en la actual situación, otras dos exigencias ineludibles que garantizarán una respuesta adecuada a las necesidades de los jóvenes de hoy. Y que, al mismo tiempo, asegurarán una fidelidad al espíritu del primer Oratorio creado por Don Bosco.

Por estas vías deberá discurrir la nueva identidad de los Salesianos como religiosos y como educadores.

3.2. Nuevas obras, nuevos destinatarios

La puesta al día de la Congregación Salesiana y las nuevas respuestas que debe dar a las necesidades de los jóvenes de hoy no implican cambiar su sistema educativo ni sus destinatarios propios. Irónicamente es necesario preservar la autenticidad de ese estilo de educar (el "sistema preventivo" como lo llamó Don Bosco) y de ese perfil de jóvenes al que el Salesiano se dirige.

Respecto al "sistema preventivo", conviene recordar lo que son sus grandes fundamentos: presencia cercana y constante junto al joven, espíritu familiar y amistoso, atención individualizada y personal, clima de alegría y optimismo, sintonía con los gustos y aficiones de los muchachos. Don Bosco lo sintetizó con una triada que constituye el lema de su pedagogía: "Razón, religión y amor". Razón, que elimina todo autoritarismo y permite al joven entender los porqués de las acciones educativas. Religión, que une la entrega del educador con su testimonio de fe en Dios y que pone los fundamentos evangélicos a la tarea pedagógica. Amor, capaz de transformar al maestro en padre y amigo.

Respecto al "perfil" de los destinatarios del Salesiano, no hay más que recordar lo que ya Don Bosco llevó a la práctica y las Constituciones recogen en su artículo 26: la Congregación se dirige a "la juventud pobre, abandonada y en peligro, la que tiene mayor necesidad de ser querida y evangelizada". Si en el Turín de mediados del XIX esa juventud incluía a los jóvenes aprendices de las fábricas o a los huérfanos perdidos en las calles, hoy se presentan nuevas formas de pobreza y abandono. Algunas no difieren mucho de aquellas, otras son típicas de nuestros días: drogas, explotación y manipulación ideológica, incitación al consumo desmedido, desintegración familiar,

marginación urbana. fracaso escolar... En los casos en que la obra salesiana se haya ido "instalando" con el tiempo en sectores de juventud rica y bien atendida, se impondrá una corrección hacia esos otros jóvenes que forman la franja social más débil.

Pero tanto el sistema educativo como los destinatarios de los Salesianos son -y seguirán siendo- los que han sido siempre, desde los orígenes. La fidelidad a ambos es la mejor garantía de continuidad y de futuro para la Congregación en la Iglesia de hoy y de mañana.

4. CONCLUSIÓN: EDUCAR SALVANDO Y SALVAR EDUCANDO

Entre las "teologías" de los últimos años ha habido "teología liberal", "política", "de la esperanza", "de la liberación"... Los Salesianos podrían considerarse detectores de una "teología de la educación", una teología que no brota de congresos ni de plumas de teólogos, sino de la entrega apostólica a los jóvenes. Una teología que entiende la salvación cristiana, cuando los destinatarios son jóvenes, como educación integral, realizada al estilo de Don Bosco. Él lo resumía diciendo que intentaba hacer de sus chicos "honrados ciudadanos y buenos cristianos". Y ésta sigue siendo hoy la "filosofía", o, mejor, la "teología" de los Salesianos: salvar a los jóvenes educándolos, educarlos salvándolos.